

## MEDICINA

### EL PROFESOR PLANELLES

El doctor don Juan Planelles, médico, investigador y maestro ejemplar, ha muerto a la edad de setenta y dos años en la Unión Soviética. Y ha querido ser enterrado en la lejana villa de Ochanchire, cuyo cálido clima le traía el recuerdo de su Andalucía natal. Nació en Jerez de la Frontera en abril de 1900, y heredó la vocación a la Medicina de su padre, médico de dicha localidad. A los veintidós años se gradúa en la Facultad de Medicina de Madrid. Cuatro años más tarde es elegido miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid, y merece la medalla de oro por su trabajo «Métodos y técnicas biológicas para la estandarización de los preparados farmacéuticos y biológicos». De 1924 a 1936 trabajará con Straub, en Alemania, y con F. Laquer, en Amsterdam. Vuelto a España, funda y dirige el Instituto de Investigaciones Clínicas de Madrid, en el que desarrolla una ingente labor como investigador y maestro de innumerables médicos, discípulos y colaboradores. Subsecretario de Sanidad durante la segunda República, al estallar la guerra civil consagra toda su actividad a mantener a los niños dentro del mejor marco sanitario y alimenticio posible en aquellas circunstancias. En 1939 se traslada a la URSS, donde inmediatamente es nombrado profesor de Farmacología de la Facultad de Medicina de Saratov, cargo que ejercerá hasta 1942. Colaborador más tarde del Instituto Central de Investigaciones Científicas y jefe de la Sección de Quimioterapia y Patología Experimental del Instituto Gamaleya, ingresará en el Consejo Científico del Ministerio de Sanidad de la URSS, llegando a ser miembro de la Academia de Ciencias Médicas de Moscú.

Sus investigaciones originales en el campo de la patología infecciosa han sido decisivas, pese al hándicap de haber sido publicadas casi totalmente en lengua rusa. Como maestro, primero en España y luego en la Unión Soviética, forma a decenas de especialistas de renombre. Deja una ingente obra escrita sobre temas de su especialidad, en la que se encierra la abnegada e inteligente colaboración de su esposa, doctora Nieves Arnáiz, que domina a la perfección la lengua rusa.

El doctor Planelles visitó España en varias ocasiones. Merece ser destacada su brillante participación en el II Simposio Internacional sobre Antibióticos, celebrado en Valencia el año 1970, ocasión que le sirvió para pronunciar varias conferencias científicas en Zaragoza.

Hombre que supo realizar la síntesis difícil de la ciencia, la honesta fidelidad a sus principios, la generosidad sin límites en el magisterio y el sacrificio de su propia patria, el doctor Planelles descansa ahora en un lugar de la Unión Soviética que, por sus dimensiones y su clima, viene a ser para él como un póstumo regreso a una tierra que jamás dejó de amar.

**C**UANDO hace unos pocos años se anunció la concesión anual de un Premio Nobel de Economía, supongo que todos los economistas se sintieron profundamente sorprendidos y, algunos al menos, se preguntaron: «¿Por qué?».

Lo que en los círculos tradicionales se llama economía o ciencia económica, y lo que necesariamente esta palabra tenía que significar para quienes concedieran el Premio Nobel en esta disciplina no es, verdaderamente, algo muy importante en el campo del conocimiento científico. De la marcha de la economía depende casi todo en el mundo: las crisis de los gobiernos, los conflictos laborales, los golpes de Estado, el bienestar de los ciudadanos e, incluso, su malestar. Pero de la economía depende sólo un pequeño grupo de personas que se dedican a una parcela del conocimiento de escasa relevancia directa. La economía no es

sorprendente: premiar a dos economistas antes que a nadie, como se desprendía del veredicto hecho público por la Academia de Suecia. El premio de 1969 fue muy cuestionable, por dos motivos: porque, siendo el primero, se concedió a economistas, y porque la elección de dos nombres dentro del campo de los cultivadores de esta disciplina fue casi absurdo.

La econometría es una rama de la economía que contiene elementos comunes de ésta y de la teoría estadística. Su objetivo es doble: la determinación de los métodos matemáticos a seguir en la especificación y contrastación de los modelos económicos y; en un sentido más amplio, el cálculo y obtención de los valores específicos numéricos que toman los parámetros en modelos aplicados a economías concretas. Si, por ejemplo, se desea saber de qué depende la cantidad demandada de carne, se formula primero una teoría sobre el compor-

## REFLEXIONES AL HILO DE UN NOBEL

como la medicina, que salva vidas humanas y previene epidemias; no es como la biología, la ciencia de la vida; no es como la física, una ciencia casi exacta cuyos conocimientos se han ido gestando a través de un largo proceso que abarca casi la historia de la Humanidad. La economía es, muy por el contrario, una tímida ciencia social que, desde el punto de vista científico, se encuentra notablemente atrasada, y desde el de su aplicación —que es lo esencial—, relativamente desligada de las construcciones teóricas más formalizadas y lógicamente rigurosas.

Pero, aunque el «¿Por qué?» inicial no sea fácil de contestar, lo cierto es que el Premio Nobel está ahí y ha sido concedido ya cuatro veces: Tinbergen-Frisch (1969), Samuelson (1970), Kuznets (1971) y, este año, Hicks-Arrow. Aceptemos, por tanto, la concesión de la recompensa, que es un hecho, e incluso el sentido de la misma en el campo del conocimiento científico en general. Aceptemos también los condicionantes que implica la concesión de un premio de esta clase —tanto geopolíticos, como científicos—, pero, incluso con una dosis de imaginación considerable, subsisten ciertos interrogantes difíciles de contestar: ¿por qué se han concedido hasta ahora los Premios Nobel de Economía en una forma tan sorprendente e injusta?, ¿por qué se ha producido un Nobel tan irritante como el de este año?, ¿por qué se premió a Kuznets en 1971? Lo mejor será empezar por ver quiénes son los primeros galardonados para discutir después el Nobel comparado en 1972.

El primer Nobel fue concedido a dos europeos, J. Tinbergen y R. Frisch, y el sentido de esta recompensa es difícil de comprender, porque supuso una decisión cuando menos tamizamiento de las unidades que la adquieren

(v. g., se obtiene como resultado final que las variables explicativas son el precio de la carne y el nivel de renta de los demandantes), y, después, para determinar si dicha teoría es correcta, compatible con los hechos, se contrasta. La contrastación supone analizar si, con arreglo a la realidad concreta, las predicciones de la teoría se cumplen (v. g., si cuando la renta no varía, una reducción de los precios de la carne hace aumentar la cantidad adquirida), y para ello es preciso estimar los valores numéricos específicos que reflejan la dependencia cantidad de carne-renta-precio (v. g., al variar la renta en un 10 por 100, la cantidad comprada de carne aumenta en un 15 por 100).

Tras esta breve e incompleta descripción del quehacer econométrico surge una pregunta inmediata: ¿por qué premiar a la parte (econometría) antes que al todo (economía)? Sin menospreciar la importancia esencial de la econometría, nacida hacia 1930 y con una corta tradición, por tanto, frente al campo genérico de la economía, si se ha intentado premiar a economistas teóricos, el premio ha ido a parar a manos de teóricos de la estadística, y si se ha intentado galardonar a economistas «aplicados», ha ido a personas que han aplicado teorías elaboradas por contemporáneos que, intuitivamente, tendrían más méritos para recibir el Nobel. Al igual que en química no se premia a químicos industriales —cuyo trabajo es de vital importancia para la ciencia y la sociedad—, ¿por qué el primer Nobel de Economía ha ido a quienes contrastan una teoría en vez de a los que la construyen? Y, en este caso, no sirve el razonamiento trivial de que la economía es una ciencia social en que lo importante es la aplicación, porque sin teoría nada puede aplicarse y porque, en este caso, habría que premiar a los economistas dedicados a la apli-





Hicks y Arrow, Premio Nobel de Economía 1972. El emparejamiento obliga a Arrow a sostener una comparación de la que nadie puede salir airoso. Hicks es realmente la historia del análisis económico en el segundo tercio de este siglo.

## COMPARTIDO: J. R. HICKS-K. J. ARROW

cación y ejecución de la política económica, que es lo verdaderamente importante. Todo lo anterior no implica cerrar el acceso al Nobel a la econometría, sino señalar tan sólo la extrañeza de que la primera vez que se ha concedido, haya ido a sus manos.

Pero, y esto es más grave, aceptando que debiera haber ido a parar a manos de econométras, ¿por qué a Frisch y Tinbergen? Si se ha querido premiar a econométras teóricos, existen personajes vivos con axiomática propia (el francés Malinvaud), con métodos de estimación descubiertos por ellos mismos (el holandés Theil), e incluso una pléyade de teóricos con más de una docena de aportaciones fundamentales en el campo formal, muchos miembros vivos de la Cowles Commission, que fue quien dio los primeros pasos en esta rama de la economía. Desde el punto de vista de la econometría aplicada, grupos de expertos que han realizado modelos complejos (v. g., Brookings Institution, el Banco de Italia) y econométras que cuentan con modelos propios y clásicos en el campo de esta disciplina (Klein, Goldberger, etcétera) parecían candidatos más idóneos, frente a los cuales los componentes galardonados tienen escasos méritos que aducir como econométras.

El segundo Premio Nobel —P. A. Samuelson— era de esperar antes o después. Nacido en el campo de las matemáticas, Samuelson ha realizado importantes formalizaciones en numerosos campos de la teoría económica, y es hoy día, sin duda alguna, uno de los economistas teóricos más importantes del mundo. El sentimiento más razonable que cualquier teórico de la economía puede tener ante Samuelson es, además de admiración, una cierta dosis de envidia. Pero, siempre existe un pero, no es evidente que sea el economista teórico más

### JULIO SEGURA

importante entre los vivos, y por ello, aunque sea un matiz, quizá hubiera sido más sensato conceder el primer Nobel a un teórico en la persona de John R. Hicks.

El problema se agudiza notablemente con el Nobel concedido a Kuznets, magnífico economista de segunda categoría a escala mundial, cuyo mérito esencial —al margen de algunas pequeñas aportaciones escritas— parece ser el haber trabajado en organismos internacionales. Se dice que en Kuznets se ha querido premiar a los economistas dedicados a los problemas de desarrollo y subdesarrollo..., ¡qué elección! Primero, porque su enfoque de los problemas del subdesarrollo es el típico e insuficiente de las agencias internacionales; después, porque el campo del subdesarrollo no cuenta con aportación significativa alguna del señor Kuznets y, para no dedicar más espacio a este triste suceso, porque algunos trabajos sobre renta nacional y la elaboración de series estadísticas a largo plazo constituyen un peregrino bagaje para un Premio Nobel.

Y llegamos, por fin, al punto originario de este artículo: El premio compartido en 1972 por un profesor inglés (Hicks) y un estadounidense (Arrow) por sus trabajos sobre equilibrio general, premio irritante y absurdo por dos motivos. Uno, habérselo concedido a Arrow ahora —aunque haya sido siempre un candidato firme—, emparejándole con Hicks, lo cual obliga a una comparación de la que nadie puede salir airoso y que, por tanto, supone una injusticia relativa para el excelente teórico americano. Otra, por haber tenido que esperar cuatro años para que Hicks fuese galardona-

do... y compartidamente, siendo como es el teórico más importante en los últimos veinticinco años.

Puede decirse, sin miedo a exagerar, que la historia del análisis económico en el segundo tercio de este siglo es la historia de J. R. Hicks, porque nadie como él puede presentar trabajos decisivos e innovadores en todos los campos de la teoría económica. Es el formulador de la casi totalidad de la teoría de la demanda con sus trabajos de 1934 a 1956, fue uno de los avanzados en el intento de integrar los aspectos monetarios y reales de la teoría económica (1935) —trabajo que más adelante realizaría Keynes— y ha sido, simultáneamente, discípulo, crítico y reformador de muchos puntos controvertidos de la revolución keynesiana. Su libro *Valor y Capital* (1939) —razón básica del premio—, constituye la más alta cima del pensamiento microeconómico de su tiempo y la aportación más importante sobre los problemas de dinamización del modelo tradicional de equilibrio general. Es autor del mejor libro de introducción a la economía en general por su preciso y sugerente enfoque (1942) y de un delicioso libro sobre historia económica (1969).

Sus aportaciones a la teoría de la distribución, pieza polémica y crítica si cabe del análisis económico, son ya clásicas, siendo casi el único teórico educado en la tradición marshalliana que ha sabido adaptarse a los cambios radicales introducidos en este campo por la revolución de la Universidad de Cambridge con la vuelta a los clásicos y a Marx, siendo incluso capaz de hacer aportaciones señeras tras 1960. Su *Capital y Crecimiento* (1965) es la más didáctica y rigurosa exposición de éstos y otros problemas complejos de economía dinámica.

Frente a todo lo anterior, poca defensa cabe aducir apoyándose en el hecho de que el Premio Nobel ha ido este año a galardonar a teóricos con aportaciones relevantes en el campo del equilibrio general, porque si ahora se ha decidido concederlos por materias, es de esperar que Hicks acumule otros cuatro o cinco premios más. Cuando se dé un Premio Nobel a quienes en la teoría del crecimiento han sido y son teóricos relevantes, habrá que pensar en Hicks y alguien más que lo comparta; cuando se conceda por las aportaciones al desarrollo de la teoría monetaria, premiarán a Hicks y a algún otro; cuando se intente galardonar a quienes más hayan contribuido a la mejora de la teoría de la demanda, será Hicks, acompañado de algún americano, el premiado.

Si en estos momentos se escribiera la historia del pensamiento económico en el siglo XX, sin existir Premios Nobel de Economía, Hicks tendría —junto con Marshall y Keynes— un capítulo dedicado a su obra; Samuelson, un muy largo epígrafe; Arrow, uno más corto; Tinbergen y Frisch quizá aparecieran en alguna nota a pie de página... y Kuznets habría desaparecido. ¡Qué triste historia para seis Nobel! ■